

## CAPITULO II.

Rápidos progresos de Alfonso en los estudios y en la piedad.

Unas dotes tan bellas y tan apreciables no podían menos de cautivar la atención y el afecto de todo el mundo, y muy particularmente el de sus padres. D. José de Liguori, que mas que otro alguno descubrió en su hijo además de una índole tan buena y tan inclinada á la piedad, una gran penetración y un raro talento, junto con una fácil y firmísima memoria, puso el mayor cuidado en hacerle aprender aquellas ciencias que tanto convenían á su rango, para que reuniéndose en él al lustre del nacimiento, el mas estimable aún, del saber, se hiciese digno de toda clase de consideraciones, y pudiese de este modo abrirse camino á los mayores honores y á los primeros cargos de la toga en Nápoles, con tanta mas razón, cuanto que sus mayores por la línea materna se hallaban investidos de ellos. Llevado por otra parte del grande amor que le profesaba, no quiso privarse de su compañía, mandándolo á estudiar á alguno de los colegios nobles de la ciudad, como es costumbre, sino que procuró buscar y tomar en su casa maestros tan hábiles en el saber, como irreprochables en sus costumbres, á fin de que al adelantar el jovencito Alfonso en

los conocimientos y en las ciencias humanas, adelantase por lo menos con paso igual en el verdadero conocimiento y en la ciencia del Señor. Bajo la dirección de tan buenos y escogidos maestros, se aplicó al estudio de las lenguas latina y griega, de la elocuencia, de la poesía latina é italiana, de toda la filosofía y de las leyes canónicas y civiles. Y como el padre deseaba con ardor reunir en él el conocimiento de aquellas artes, con que comunmente suelen distinguirse las personas de rango, llamadas por esto nobles artes, esto es, la esgrima y la música, aunque el jóven Alfonso no tenia ninguna inclinación por ellas, sino que al contrario le eran enteramente indiferentes, solo por no oponerse á los deseos de su padre, y llevado de una simple y pura obediencia á su voluntad, no rehusó aprenderlas.

Los progresos que hizo Alfonso en todos estos diversos estudios, fueron en todo conformes y correspondientes no solo á sus grandes talentos, sino tambien á la firme y constante aplicación con que jamas dejó de atender á ellos. Y en efecto, fueron tan rápidos, que para elevarlo al grado de doctor en ambos derechos, civil y canónico, despues de concluidos sus estudios legales, fué necesario una dispensa de tres años y algunos meses por no contar él entonces mas que diez y seis años de edad. Este grado se le con-

firió en el colegio principal de Nápoles en el mes de Enero de 1713, y al decorarlo con las insignias doctorales, se echó de ver que por su corta edad le arrastraba una parte de la toga senatoria, lo que causó no la risa sino la admiracion de todos los que estaban presentes, al ver que un caballero de tan tierna edad habia llegado á ser digno de este honor por su saber y por su talento. Este fué un hecho cuya memoria se conservó por mucho tiempo, y la cual sirvió para escitar la emulacion de los jóvenes estudiantes, que seguian la misma carrera y aspiraban á igual premio. Por otra parte, el Siervo de Dios lo convertia despues en materia de risa, y al mismo tiempo de desprecio de sí mismo, porque si alguna vez recaía la conversacion sobre este pasaje entre sus compañeros, solia decir: *me hicieron poner un casacon tan largo, que me arrastraba.*

¿Pero qué hay que maravillarse de que el jóven Alfonso adelantase con tanto empeño en los estudios, cuando procuraba ir aun mas solícito avanzando en el camino de la virtud y de la perfeccion? Si los dos grandes santos Basilio y Gregorio Nacienceno, llegaron á ser grandes luminares tanto de saber como de virtud, porque al ocuparse del estudio de las ciencias en Atenas, aseguran que no conocian en aquella tan famosa y frecuentada ciudad mas calles que la que conducia á la iglesia, y la que se dirigia á la escuela,

se puede muy bien decir que tambien nuestro Alfonso, sabiendo que el temor del Señor es el verdadero principio y fuente de toda sabiduría, no buscó ni gustó desde entonces de otra ocupacion que de la de llenar su mente de conocimientos y adelantar mas y mas en el servicio de Dios. De aquí es que entre la multiplicada y continua aplicacion á las ciencias humanas, que regularmente suelen trastornar y hacer apartar la atencion de las cosas del cielo, léjos de entibiarse su fervor de espíritu, sabia unir con tal arte, y como entrelazar el estudio con la piedad, que como si estas dos cosas se dieran recíprocamente la mano, la una servia de sostén y de alimento á la otra. Siempre firme y constante en el tenor de vida que habia emprendido, frecuentaba cada ocho dias los Santos Sacramentos, intervenia y asistia con suma modestia y recogimiento á los divinos oficios, continuaba en sus otras prácticas de piedad que acostumbraba, é iba siempre en aumento su devocion á la gran Virgen Madre y á Jesus Sacramentado, á quien iba á visitar y adorar todos los dias en la iglesia en que estaba el jubileo llamado de las *cuarenta horas*. Allí justamente penetrado de la mas viva fé y del mas íntimo sentimiento de la majestad y presencia divina, permanecia con la mayor compostura y recogimiento, y en tal arrobaamiento que alguna vez sin que él lo percibiese, se le

veía deslizar la peluca hasta la mitad de la cabeza; de manera que se atraía las miradas y la admiración de los que lo observaban. Tres fervorosos eclesiásticos, entre otros, dedicados también á visitar diariamente á Jesus sacramentado, espuesto de este modo á la pública veneración de los fieles, encontrando todos los días en cada iglesia en que estaba dicho jubileo, á este jovencito secular, buen mozo, y de tan bello aspecto como era entonces nuestro Alfonso, y viendo que postrado en tierra y enteramente recogido en sí mismo y en Dios, estaba siempre con los ojos fijos en la sagrada hostia y como estático, sumamente edificados con esto, andaban reprendiéndose secretamente á sí mismos, el no saber ellos, aunque eclesiásticos, imitar á aquel secular. Por esto, terminada su visita, cada uno comunicaba á sus compañeros la maravilla que le causaba ver tanta devoción y tanta virtud en un jovencito secular, y la confusión que por esto experimentaba. Así es que, habiendo concebido una grande estimación por él, nació en ellos un fuerte deseo de indagar y saber su nombre y su rango, así como de contraer con él una amistad espiritual, á cuyo fin comenzaron á prolongar sus visitas para podersele hacer contradizos al salir de la iglesia. Pero ni aun así pudieron alcanzar su intento, porque como lo encontraban, así lo dejaban siempre

en la iglesia aun á hora muy avanzada, hasta que después de algun tiempo consiguieron el logro de sus deseos, como se verá en su lugar.

Cuando D. José de Liguori no se hallaba en el mar con las galeras de que era capitán, acostumbraba entrar á ejercicios, acompañado de su hijo Alfonso, en la casa de los padres jesuitas, llamada de la *Conochia*, ó en la de San Vicente de Paul, de los señores de la Misión. Así es que, habiendo ido nuestro Alfonso á los diez y ocho años de su edad á la primera de estas casas, donde daba los ejercicios espirituales el padre Buglione, de la Compañía de Jesus, hombre bastante célebre entonces por su celo apostólico, sacó un gran provecho de ellos y se sintió mucho mas estimulado y encendido para adelantar en el camino de la perfección. Hacia la misma época fué cuando Alfonso, que ya llevaba dos años de estar condecorado con la borla de doctor, pasó de la congregación de los jóvenes caballeros á la de los doctores de la misma iglesia de los padres del Oratorio, en la que fué inscrito el 15 de Agosto, día consagrado á las iglesias de María Virgen en su Asunción á los cielos, el año de 1715. Pero si ya se habia portado con tanta exactitud y tan ejemplarmente en el cumplimiento de todos los ejercicios devotos, y en todos los actos de virtud que prescribían las reglas de la

primera congregacion, mucho mejor lo hizo al tratarse de las de ésta. Así es que jamas dejó de asistir todos los domingos á los oficios divinos, ni de ejercitarse en todos los demas actos de piedad que debian hacerse por los congregantes. Y como uno de éstos, y aun quizá el principal, era visitar á los enfermos, Alfonso, aunque jóven y caballero, criado en medio de las comodidades y las delicias de la casa paterna, y no acostumbrado á conversar de las miserias humanas, ni de la muerte, llegó á superar todo obstáculo, y venciendo toda especie de repugnancia natural, se dedicó muy pronto á frecuentar el hospital de los incurables, donde con la voz y con las obras consolaba y socorria á aquellos pobres enfermos, les daba el alimento, les ayudaba en sus necesidades, y les prestaba cualquiera otra clase de oficios con tanta amabilidad, con tanta prontitud de espíritu y con tan buen semblante, que daba muy bien á conocer que no veía en la persona de ellos sino la de Jesucristo.

Entre tanto no dejaba de ir á visitar á menudo al padre Pagano su director, para conferenciar con él y comunicarle los sentimientos de su corazon, y aun manifestarle aquellas luces que quizá recibia de Dios, y despues lo obedecia enteramente y se sujetaba á su dictámen en todo lo concerniente al espíritu. También procuraba refrenar y mortificar las pasiones tan

tenaces y seductoras, particularmente en la edad juvenil, y cuidar con la mayor atencion sus sentimientos, cerrando sus oidos para no escuchar la lengua maldiciente, y poniendo freno á su lengua para no decir cosa alguna que pudiese ofender en lo mas mínimo el ánimo y la reputacion agena, ó bien á la honestidad y á la modestia; por lo que jamas se vió en él ni un gesto, ni el mas leve signo que no fuera decente, ni se le oyó una sola palabra que no estuviese pesada en la mas severa balanza del deber y de la cristiana moral. Y como sabia tambien que la pureza del espíritu y del cuerpo es una virtud tan bella y tan delicada, que el mas ligero viento, ó el soplo mas delicado del mal basta para alterarla, empañarla, y aun para hacerla desaparecer del todo, jamas omitió vigilancia ni medios de ninguna especie, aun dormido, para conservarla enteramente pura é intacta. Por esto huia siempre en cuanto dependia de él, de la compañía y conversacion de las personas de diverso sexo, y de los lugares en que esa virtud pudiese correr algun peligro; y si por casualidad, por necesidad, ó por una mera obediencia se encontraba alguna vez en ellos, permanecia allí con suma compostura y modestia, á fin de que su pureza no padeciese el menor menoscabo. En consecuencia, siempre que su padre lo invitaba para que lo acompañase á alguna diver-

sion, tertulia, teatro ó á cualquiera otra parte semejante, nunca dejaba Alfonso de oponer los mas diestros y eficaces pretestos para escusarse de hacerlo. Y si tal vez por no causarle un grave disgusto, y solo á título de obediencia lo acompañaba, no solo permanecia allí con los ojos bajos y con toda la modestia posible, sino que ademas, siendo como era completamente miope, jamas usaba los anteojos en dichos sitios, á fin de no distinguir ningun objeto en ellos. Habiéndose visto un dia obligado en una tertulia á tocar el piano, lo que hacia muy bien, notando que tenia á su lado cierto objeto peligroso y seductor, supo contener y revolver sus ojos con tal destreza, aun frente á frente de los mas fuertes incentivos, que logró por fin no verlo. Tanto era el empeño de Alfonso en conservarse enteramente limpio y puro, y en cuidar su corazon, sabiendo bien que esto es la fuente de la vida. Por otra parte, le gustaba y nunca dejaba de ir por las noches á una reunion de literatos y eruditos, que habia en casa del Sr. D. Domingo Caravita, presidente de cámara; pero de esto se puede muy bien decir, que era un nuevo género de aplicacion, mas bien que una diversion ó descanso de sus continuos estudios.

Una conducta semejante observada por un caballero jóven, como era Alfonso, dotado de grandes ta-

lentos, con muchos conocimientos, en medio del mundo, entre las comodidades de la casa paterna y de las mas lisonjeras esperanzas del siglo, se atrajo en breve las miradas de todos sus conciudadanos y de cuantos lo conocian, y le concilió un cierto respeto y casi veneracion de santo, viendo reunidas en él unas cosas no tan fáciles de hallarse juntas, esto es, saber, virtud, nobleza y santidad. Por esto era apreciado de todos: todos solicitaban su amistad y compañía para aprender de él las prácticas de virtud, mucho mas con el ejemplo que con la voz. Sucedió, en efecto, que teniendo en casa su padre como capitán de las galeras, muchos esclavos para su servicio, habia asignado uno á Alfonso en particular, el que solo entre tantos como eran, movido únicamente por la virtuosa y ejemplar conducta de su jóven amo, quiso hacerse cristiano á toda costa, y despues de algun tiempo murió con señales muy claras de su eterna salvacion.

## CAPITULO III.

Profesion del foro ejercida y muy pronto abandonada por

San Alfonso.

Luego que Alfonso acabó sus estudios y recibió la borla doctoral, no se quedó ocioso y desocupado, como sucede á menudo con la mayor parte de los jóvenes, que no teniendo necesidad de procurarse el sustento necesario con alguna ocupacion, dan en la flor de sus años un eterno adios á los estudios y á toda honesta ocupacion, y se abandonan al ocio y á la disipacion, con ningun provecho de la sociedad civil y con gran perjuicio de sus almas. Pero sabiendo muy bien Alfonso que el trabajo y la ocupacion se ha impuesto á cada uno segun sus fuerzas y su condicion, y que es tan necesaria y provechosa al espíritu como al cuerpo, quiso ir á aprender la práctica del foro con el abogado Perone, y muerto éste, con el abogado Jovera, juriscultos ambos muy estimados y célebres en aquellos tiempos en la ciudad de Nápoles. Con ellos hizo en muy breve tiempo tan rápidos progresos, que todavía jóven se concilió la estimacion universal y adquirió la fama de docto y excelente abogado. Se admiraban en él una grande elevacion de ingenio, sublimidad de ideas, suma cla-

ridad para esponer los hechos, sólida y profunda doctrina en la defensa, una robusta é insinuante elocuencia para perorar, gran viveza y prontitud de ingenio para responder, y una estrema sollicitud para llevar á feliz término las causas que se le encomendaban. Por lo que divulgada la fama de su saber y de su grande habilidad en los negocios forenses, no solo en la ciudad de Nápoles, sino por todo el reino, se veia acudir clientes de todas partes para confiarle la defensa de las mas interesantes y de las mas intrincadas causas. Pero lo que causaba aun mas maravilla era, que no solo desempeñaba esta profesion con suma justicia y equidad, sino que entre tan exigentes y continuas ocupaciones y distracciones, no desmayaba en lo mas mínimo en el camino de la virtud que habia emprendido. Además de los mandamientos de Dios, observaba con toda exactitud los preceptos de la Iglesia, particularmente el ayuno de la cuaresma y los que tiene establecidos dentro del año, sabiendo cuanto aprovecha la abstinencia de los alimentos para mantener sujeta la carne al espíritu. Santificaba las fiestas con la oracion y otros actos de piedad: nunca dejaba de entrar en ejercicios cada año con su padre: frecuentaba los santos sacramentos cada ocho dias: jamas omitia sus prácticas devotas de costumbre, y nunca iba al tribunal sin haber asistido antes

al santo sacrificio de la misa, persuadido de que el buen éxito de los negocios debe solicitarse particularmente de Dios.

Así es que todos presagiaban al jóven caballero, aun antes del tiempo y de la edad los mas sublimes puestos y honores de la toga y del reino, con tanta mas razon, quanto que la familia de Liguori era vista con ojos benignos y con especial afecto por el emperador Carlos VI, que tenia entonces el mando del reino de Nápoles, así como por todos los principales ministros de aquella corte Cesárea. El padre, fuera de sí con tan raras dotes y talentos de su hijo primogénito, habia ya fundado en él las mayores esperanzas de aumentar mas y mas por su medio, el lustre y el patrimonio de su familia. Veia al mismo tiempo que su querido Alfonso era solicitado con empeño por muchas personas de rango para esposo de alguna de sus hijas; pero desechando cualquiera otro partido, aunque decoroso y ventajoso, habia ya tratado las bodas con la Sra. D<sup>ca</sup> Teresa de Liguori, hija del príncipe de Presiccio, doncella estimable, no solo por la nobleza del nacimiento, sino aun mucho mas por sus cualidades naturales y por las dotes de su espíritu. Por otra parte, Alfonso, de genio y por naturaleza solitario, se mostraba siempre muy distante de querer tomar ese estado, y tanto, que avanzado en edad,

afirmaba que en los varios manejos que para su matrimonio habia hecho su padre, él, por la gracia de Dios, no habia cometido un pecado ni aun venial. Esto solo basta para comprender bien hasta qué punto llegaba aun entonces la delicadeza de Alfonso.

Pero los designios de Dios eran muy diversos de los del padre sobre la persona de Alfonso. La gracia comenzaba ya á investirlo mucho mas y á inspirarle una aversion mas fuerte y decisiva, y un gran desprecio á las farsas y á los honores del mundo, para desprenderlo finalmente de todo lo que pudiese aun tenerlo aficionado á él. Cerca del quinto lustro de su edad, ya habia entrado Alfonso en ejercicios con su padre en la mencionada casa de los señores de la Mission, con gran provecho de su alma, cuando volvió de nuevo el año siguiente en que predicaba el Sr. Cutica, gran siervo de Dios. Habiendo referido éste el pasaje de un caballero condenado y que se apareció despues á una que habia sido su dama, conmovió infinito á todo el auditorio, y mucho mas que á ningun otro al jóven Alfonso. Entonces fué cuando se entregó mas á Dios: comenzó á asistir mas á menudo al hospital de los incurables, se propuso no volver mas en toda su vida á los teatros, y no dejar jamas de visitar todos los dias á Jesus sacramentado, espuesto en el jubileo de las cuarenta horas, como en

efecto lo ejecutó. El mismo solia decir, hablando de estos últimos ejercicios, que despues de Jesus sacramentado y de María Santísima, era deudor al caballero D. Francisco Capecelatro, que lo habia invitado, una vez que en ellos se habia sentido llamar á mejor estado.

Por este tiempo se ventilaba un pleito feudal de mucha importancia entre dos grandes príncipes, uno de los cuales habia encargado la defensa á Alfonso. Cuanto mas importante era el negocio, tanto mayor fué el estudio y la diligencia que puso de su parte para alcanzar un buen éxito. Un mes entero empleó para leer y considerar atentamente los autos, y para poner en su mas clara luz y fuerza todas las razones, á fin de poder ganar con toda seguridad el pleito. Así es que el dia que se vió en el tribunal, Alfonso con la mas enérgica elocuencia, y con las mas sólidas razones, habló en él y lo hizo de tal modo, que la numerosa concurrencia que habia acudido, tanto por lo ruidoso del pleito, como por la fama y el mérito del defensor, le presagiaba ya la victoria, y aun el mismo presidente el Sr. Caravita, manifestaba querer firmar la sentencia en su favor. ¡Pero qué! No bien hubo concluido, cuando en vez de responderle el abogado contrario, y de rebatir las razones aducidas, lo invitó casi sonriéndose á observar un poco el proceso. No

temiendo Alfonso encontrar en él la mas leve circunstancia que le fuese contraria, en virtud del muchísimo cuidado que habia puesto al examinarlo y considerarlo, condescendió sin vacilar. Pero ¿cuál no fué su sorpresa cuando vió que en él habia una partícula negativa que sin la menor malicia no habia advertido, y que por otra parte destruía completamente ella sola toda su defensa? El honrado jóven, acostumbrado por su nacimiento, por conciencia y por decoro á defender las causas con la mayor lealtad y con la mas escrupulosa integridad, estuvo á punto de caerse muerto á un acontecimiento tan repentino y tan insólito. Por tanto, se llenó de confusion y se turbó de tal manera, temiendo que recayese sobre su persona alguna siniestra sospecha, que todos los circunstancias lo advirtieron. No hubo uno, sin embargo, que lo sospechase ni aun remotamente, sino que todos unánimemente juzgaron, como en efecto lo era, un mero é inocente equívoco. El mismo presidente D. Domingo Caravita, mas que ningun otro, procuró animarlo y alentarle, diciéndole que era bien notoria á todo el mundo no solo su habilidad, sino tambien su probidad, y que no eran raras en el foro estas inocentes inadvertencias que solian acontecer en el ardor de la defensa y por el gran deseo de conseguir la victoria. A pesar de esto, con el rostro encendido de



vergüenza y de rubor, despues de haber confesado ingenuamente, *me he equivocado, dispensadme, no tengo razon*, se despidió modestamente y al bajar la escalera del tribunal se oyó que decia: *mundo traidor, te he conocido; no cuentes ya conmigo*. Al salir de allí se volvió inmediatamente á su casa, donde encerrándose en un aposento, y deshaciéndose en lágrimas delante de su Señor crucificado, estuvo por espacio de tres dias consecutivos sin salir ni aun para ir á la mesa, á pesar de las reiteradas instancias de sus padres. Aquí fué justamente donde Alfonso resolvió abandonar el foro y la defensa de las causas de los hombres, para consagrarse al ministerio eclesiástico y á defender las causas de Dios y de las almas: por donde se ve que si una mentira casi desapercibida removió de esta profesion á un Andrés Avelino, la pérdida de un pleito por mero equívoco y sin culpa alguna, debia retraer de ella á Alfonso.

## CAPITULO IV.

Vocacion de San Alfonso al estado eclesiástico, cumplida por él contra los mayores obstáculos.

En este retiro, ó llámese soledad de tres dias; le habló Dios con mayor claridad al corazon, y le hizo entender que abandonase el mundo y se hiciese su ministro en el estado eclesiástico. A esta voz, el joven Alfonso no pudo dejar de resentir en su interior el mas fuerte y penoso contraste, producido por el respeto y el amor que tenia justamente á su padre y por la pronta obediencia que tambien debia al divino llamamiento. Sin embargo, considerando que es mas conveniente obedecer la voz de Dios que la del hombre, sin decir nada á su padre, fué á verse con su director, le abrió su corazon y le manifestó la resolucion que habia tomado; y con su aprobacion despidió inmediatamente con un pretesto honroso á todos sus clientes, y se desprendió enteramente de las causas y de las intrigas del foro. El padre, que aun ignoraba el disgusto de Alfonso por lo acontecido en el tribunal y la resolucion que habia tomado, le dijo una noche que se dispusiese para ir á la mañana siguiente á una junta sobre un negocio que le interesaba directamente. *Padre mio*, le respondió Alfonso con mo-